

Solemnidad de la Santísima Trinidad.

El Padre Dios, por su Palabra de Verdad hecha carne, y por el Espíritu de santidad derramado en nosotros, ha querido revelar a los hombres su maravilloso misterio, y nos ha permitido conocer que es un Dios-Comunidad. Tal es la solemnidad que celebramos hoy. Nos gozamos por tener un Dios-Comunidad y nos comprometemos a vivir en comunidad, al estilo de nuestro Dios.

Quedándonos sólo en los textos que la liturgia nos ofrece hoy, podemos reconocer cómo el Dios en quien creemos está todo él en función de nosotros y se realiza en nosotros.

El Padre Dios, en primer lugar, sabe de nuestras miserias y pecados, de nuestras infidelidades, pero con un corazón grande nos reconcilia con él por la sangre de su Hijo. Al reconciliarnos nos atrae hacia él y nos hace sus hijos, sin ningún merecimiento de nuestra parte. Y más todavía, nos da su Espíritu para que habite en nosotros. Es un Dios dador de todo bien, como canta la liturgia, y por eso todo lo que tiene y es lo da a su Hijo para que él lo comparta con nosotros. Por todo esto, es un Dios generoso, Padre lleno de misericordia y de amor.

El Hijo único del Padre es Jesús, la Palabra eterna engendrada en el seno del Padre y Sabiduría plena que sabe todo lo de Dios y realiza la obra creadora del Padre. Enviado por el Padre al mundo para hacerse uno de nosotros, nos asegura que “su gozo se manifiesta en estar entre los hijos de los hombres”, compartiendo nuestra vida y entregándose hasta el final por nuestra salvación. Por eso nos pone en paz con Dios, su Padre, y todo lo que ha recibido del Padre se lo da al Espíritu para que él nos lo comunique a nosotros. Es, pues, un Dios volcado hacia nosotros, que se gasta generosamente hasta la muerte, para darnos el rescate y la liberación.

El Espíritu es, por su parte, el Amor mismo del Padre y del Hijo, que se derrama en nuestros corazones, para enseñarnos a amar como Dios nos ama. Es el Espíritu de Verdad que nos guía a la Verdad plena, al comunicarnos al oído del corazón lo que él mismo oye en el seno del Padre. Por eso, todo lo que es del Padre y del Hijo nos lo comunica a nosotros, para enriquecernos y permitir que entremos en comunión con la Vida misma del Dios-Comunidad. Pero, además, nos abre hacia el futuro, nos comunica lo que está por venir y realiza en nosotros una obra de glorificación, al hacer brotar en nuestro corazón la alabanza y la bendición a Jesucristo, Salvador y Redentor. Es un Dios comunicativo y no egoísta, que no se queda con todo lo que es y tiene, sino lo comparte con amor y para gloria de la Trinidad.

Al estilo de nuestro Dios, nosotros los creyentes hacemos esfuerzos constantes por vivir a la manera de Dios. Aprendemos del Padre a ser generosos y llenos de misericordia, para acoger y entender a los hermanos. Aprendemos del Hijo a gastarnos libremente por los demás, tratando de ser constructores de paz y de reconciliación en nuestras comunidades y familias, atrayendo a todos al conocimiento de Dios. Aprendemos del Espíritu a no actuar con egoísmo o intereses personales, sino a darnos con amor a todos, luchando por construir la comunión y la fraternidad.

A la Trinidad Sacrosanta, al Padre eterno y Creador, a la Humanidad de Cristo Jesús, al amor maravilloso del Espíritu, se tributen alabanzas sempiternas, honor, poder y gloria, por siempre. AMEN.

P. Carlos G. Álvarez cjm.